

La crisis del capitalismo y sus consecuencias en América Latina

Raúl Prebisch

Hablaré, señores, bajo el signo de una enorme preocupación porque si el capitalismo está en crisis, no creo que sea una manifestación de decadencia. Al ver el enorme adelanto tecnológico de esta revolución que está ocurriendo en el último decenio, no puedo hablar de decadencia, pero sí, está pasando por una grave crisis, que puede conducir a la degradación del capitalismo si no hay una renovación de ideas.

Disertación ante el XI Consejo Latinoamericano del SELA al comentar el documento *Notas sobre la situación de América Latina y el contexto internacional*, elaborado por la Secretaría del organismo regional. Se reproduce de *SELA Capítulos*, núm. 11, Caracas, enero-marzo de 1986, pp. 13-16. Se eliminaron el primer párrafo de salutación y algunas expresiones incidentales.

Lo que más me preocupa es precisamente la adhesión a ideas de hace un siglo, que han vuelto a fructificar en los últimos años bajo la expresión del liberalismo económico. Ahora bien, ¿por qué el capitalismo está en crisis? A mi juicio esta crisis es estructural, muy distinta de la otra que me tocó vivir a mí —raro privilegio—, es una crisis donde se manifiesta un desequilibrio dinámico de la economía, en los centros y, mucho más aún, en la periferia de la economía mundial. Para decirlo en pocas palabras y sacrificando el rigor de la exposición, el gasto, en el sistema, el ritmo del gasto, tiende a superar el ritmo de la acumulación reproductiva que es esencial para aumentar el empleo, multiplicar la productividad y el ingreso.

¿Por qué está superándola? Porque al gasto de los estratos favorecidos —y me estoy refiriendo ahora a los centros, sobre todo, a los estratos favorecidos en la apropiación del fruto del progreso

técnico—, gasto continuamente excitado por la innovación tecnológica y la diversificación de bienes y servicios, se agrega naturalmente el gasto provocado por las medidas redistributivas del ingreso, el gasto privado, el gasto social y, finalmente, el gasto militar.

Lo interesante de comprobar en este caso es que esos gastos, que han venido desenvolviéndose con el avance del sistema, se van superponiendo unos a otros, no se hacen a expensas del gasto de la sociedad privilegiada de consumo y llevan a ese desequilibrio, un desequilibrio que no vio, no pudo ver Keynes hace cincuenta años; él hablaba, más bien, de una tendencia del sistema a generar exceso de ahorro. Ahora, a mi juicio, sucede todo lo contrario, y lo grave de todo esto es que ese desequilibrio se manifiesta con crecientes consecuencias inflacionarias, un tipo de inflación que no se daba en el capitalismo de otros tiempos, cuando la fuerza de trabajo estaba sometida a las reglas del mercado y el Estado era prescindente en materia de redistribución del ingreso, cosa que no ocurre más ni podría ocurrir en el capitalismo contemporáneo.

¿Cómo se combate, señores, esa crisis inflacionaria del sistema? Con el error o el horror del monetarismo. Cuando avanza la espiral inflacionaria, el sistema no dispone hoy de otro instrumento de acción que la retracción crediticia. Algunos lo hacen de buena fe, otros lo hacen inspirados por una teoría, una teoría que se exalta aun en publicaciones muy importantes en materia económica de los países del Norte.

¿Cuál es esa teoría?: hay que restringir la actividad económica y provocar el desempleo hasta que la fuerza de trabajo se resigna a aceptar salarios que permitan el restablecimiento del excedente económico y, en consecuencia, la capacidad de acumulación del sistema.

¿Cómo explicar casos como el de algunos países europeos que tienen poderosas reservas de divisas, balances de pagos favorables y, no obstante lo que de ellos se esperaba, se nota una gran renuencia a la reactivación de la economía porque tienen el terror de que la reactivación traiga consigo elevaciones de salarios y por lo tanto la reanudación de la espiral inflacionaria? Todo esto me convence de que la crisis del sistema es real y que no se puede corregir con medidas ortodoxas, que son contraproducentes por el gran costo económico y social que significan y por el costo político que puede traer, sobre todo en países de inmadurez política.

Este déficit de Estados Unidos que a todos nos preocupa —excepto a algunos hombres de Estados Unidos que creen haber descubierto la solución del problema atrayendo recursos líquidos en el resto del mundo— es una clara y manifiesta expresión de ese desequilibrio dinámico de la economía que no se ha corregido con las medidas ortodoxas que tantas veces se han recomendado a nuestros países. Deseo hablar con toda franqueza de esto, porque me parece necesaria una visión clara de lo que está pasando. Este desequilibrio dinámico, éste no se origina en los últimos años, sino que viene de atrás; procede de los gastos militares de la segunda mitad de los sesenta, de los gastos sociales bien orientados pero que se acumulan a los gastos militares. Se originan en una sociedad privilegiada de consumo que tiende continuamente al aumento frenético de sus gastos, y de otras expresiones del

gasto. Pero Estados Unidos está en una situación singularísima, tienen el privilegio de crear moneda internacional y la responsabilidad de crear moneda internacional, de manera que ante el fenómeno del desequilibrio dinámico de la economía y las consecuencias sobre el balance de pagos han creado dinero para pagar el desequilibrio. Al principio, los países recibían con beneplácito esa afluencia de dólares, porque sus reservas necesitaban ser engrosadas, pero después se sintieron sus consecuencias y eso dio lugar a esa aberración monetaria llamada el mercado del eurodólar, expresión clara de que ese desequilibrio, esa inflación en Estados Unidos que ha desbordado hacia el resto del mundo, ha creado internamente una presión inflacionaria que tarde o temprano tenía que ser reprimida. ¿Cómo se reprimió? Con la política monetaria restrictiva. Pero como no se puso ningún remedio al déficit fiscal para corregirlo, se elevaron las tasas de interés con la ayuda de esa política restrictiva y lo que antes había sido una inundación de dólares de Estados Unidos al resto del mundo, se transformó en un fenómeno de succión de dólares del resto del mundo por parte de Estados Unidos, con graves consecuencias para el sistema mundial y para Estados Unidos, particularmente para su industria y su agricultura. Habría mucho que comentar sobre eso, pero yo simplemente quiero señalar una de las consecuencias de estos acontecimientos, de la forma en que Estados Unidos maneja su enorme responsabilidad de crear moneda internacional. En cuanto a la responsabilidad, yo no tengo ningún elemento para regocijarme. Una de las consecuencias de ello es precisamente la creación de deuda, esta conjugada irresponsabilidad entre centro y periferia en materia de deuda. Buena parte de las deudas se contrataron con bajas tasas de interés, bajas tasas reales. Hoy nuestros países están pagando tasas exorbitantes, que jamás se habían dado en la historia del capitalismo.

Por eso, me parece necesario celebrar el comienzo de un aparente cambio en la actitud estadounidense. La posición latinoamericana ha sido, desde hace ya mucho tiempo, la de sostener que el problema de la deuda era eminentemente político. Por fin se la escucha, empieza a moverse muy modestamente, y ello se traduce en el así llamado Plan Baker.

Para decirles a ustedes con toda franqueza, no me entusiasma este Plan, no me entusiasma porque, sin desconocer que tiene ciertos aspectos positivos, el problema de las altas tasas de interés queda sin resolver. No es cuestión de tener créditos para nuevas inversiones, ello es muy importante, pero, ¿qué se hace con esa pesadísima y sofocante carga de la deuda que está obstaculizando como nunca el desarrollo económico de estos países, comprometiendo la capacidad expansiva del sistema, provocando un serio desempleo, sobre todo de las nuevas generaciones en América Latina? ¿El Plan, qué va a hacer con respecto a ello? No digo que no pudiera ser el comienzo de una gran visión, como la del Plan Marshall —ojalá fuera así—, pero no veo tras de todo esto nada que me inspire confianza en que estamos en el comienzo de una nueva era de expansión en la América Latina. Me preocupa no solamente eso; me preocupa la condicionalidad —todo mecanismo de crédito necesita condicionalidad—; yo no impugno la política del Fondo Monetario Internacional por las condiciones, porque alguna vez he tenido alguna responsabilidad en un banco central, es necesaria la condicionalidad, pero ¿qué condicionalidad? Hemos vivido con una condicionalidad que no se discutió entre centros y periferias; se impuso esa condicionalidad de acuerdo con los intereses y con las concepciones ideológicas de los centros, generalmente equivocados frente a los problemas

de la periferia mundial y sobre todo de la periferia latinoamericana. ¿Qué condicionalidad va a surgir de esa operación que se está acariciando en el aire? Es un motivo para mí de gran preocupación, porque se habla de liberalización del intercambio, se habla de capital extranjero. Yo creo que se habla bien —es necesario buscar formas de liberalización del intercambio y de inversión extranjera—, pero discutamos, señores, qué formas son las que llevan a un consenso, a una convergencia de intereses entre los países desarrollados y los países periféricos.

No volvamos a caer en las fórmulas del pasado, mirando el pasado, que a mí me ha tocado vivir en mi larga existencia; he visto tantos errores de concepción acerca de la política de desarrollo y de la cooperación internacional. Así, se habla ahora de liberalización del intercambio, pero ¿qué tipo de liberalización del intercambio? Cuando yo recuerdo la oposición que despertó la industrialización latinoamericana en los primeros tiempos, cuando recuerdo la oposición a la que dio lugar, hasta percibirse como fórmula maligna de la CEPAL a la llamada sustitución de importaciones.

Con grata sorpresa leí el último discurso del señor Clausen, presidente del Banco Mundial, en que se habla de la sustitución de importaciones, y de uno de los expertos del Banco Mundial, que por primera vez considera la necesidad de combinar la exportación de manufacturas con la sustitución de importaciones.

Es decir, lo que la CEPAL viene diciendo a la América Latina desde comienzo de los sesenta y por lo que se nos acusó de incompreensión, y se nos vio con desdén, hoy ya es aceptado. Hasta el señor Larossière —y eso me consta— acepta la idea de la sustitución de importaciones, combinándolas con exportaciones de manufacturas.

Bueno, si en la condicionalidad se va a recoger el resultado de esa experiencia, muy bien, pero si vamos a volver a las fórmulas de apertura, ya hay suficiente experiencia en la América Latina acerca de lo que significan las fórmulas de apertura ante la desigualdad de centros y de periferias. Las fórmulas de apertura están destinadas a asegurar los intereses de los más poderosos. Hay que decirlo con toda franqueza y llamar la atención de la América Latina para que no se deje seducir por estas fórmulas, que no coinciden con los intereses latinoamericanos.

Yo no reprocho a los centros industriales de perseguir sus propios intereses, naturalmente todos los países tratan de perseguir sus propios intereses, lo que reprocho es a aquellos ilusos de la América Latina que recogen todas las inspiraciones de todas esas ideas, sirviendo, muchas veces, sin querer, a los intereses de los otros, sin ajustarse a las conveniencias de la América Latina. Yo llamo la atención sobre esto, porque creo que estamos corriendo ese peligro y es necesario que América Latina desarrolle su forma de pensar, desenvuelva su personalidad, no para entrar en una lucha inconducente, sino para defender sus intereses y para definir lo que quiere y debe llegar.

Esto me lleva a ese otro viejo problema nuestro que es la tendencia al desequilibrio dinámico con los centros, vuelto a surgir,

agravado, desde luego, por el problema de la deuda. La idea es muy simple y hay que explicarla de nuevo, porque se vuelve a poner delante de nuestra vista la pretérita teoría de las ventajas comparativas en la división internacional del trabajo. Vamos a ver si el mundo tal cual funciona entre centros y periferias, permite repetir sin limitaciones, sin reservas, esa fórmula. ¿Cuál es la razón del desequilibrio, de la tendencia al desequilibrio persistente de nuestro intercambio? Muy sencillo, señores, que los productos agrícolas o materias primas que exportamos tienen una demanda que crece —salvo excepciones— con un ritmo relativamente lento, mientras que nuestra demanda de bienes industriales tiende a crecer con un ritmo mucho más intenso, debido a la diversificación incesante de bienes en el mundo, de manera que está en la misma dinámica de la economía la tendencia hacia el desequilibrio que se manifiesta en la periferia, porque todavía no hemos podido corregir la índole de las relaciones centro-periferia del capitalismo pretérito y quedamos al margen de la industrialización.

Algún día podremos integrarnos en el intercambio mundial, cuando hayamos adquirido la densidad económica y tecnológica para participar de esa innovación incesante de bienes y servicios. Pero hoy por hoy no es así y lo que sucede es que con respecto a las manufacturas simples que América Latina ha aprendido a exportar, hay una tendencia de la demanda de los centros a crecer con relativa lentitud. Una cosa son los bienes que produce la electrónica y otra cosa son los tejidos, los calzados o el acero, de manera que estamos expuestos siempre a esas tendencias al desequilibrio. Se dice ahora que vamos a liberalizar el intercambio, pero que la liberalización tiene un sentido muy diferente según se aplique a los centros o a la periferia. No es que haya dos teorías económicas diferentes, sino que estamos en un mundo en que hay centros y periferias y ojalá dejáramos de ser periferia alguna vez. Si para acompañar esas teorías y obtener la rebaja o la eliminación de derechos a los tejidos, al calzado, al hierro y a otras cosas más que vendrán, hay que emplear reciprocidad y rebajar nuestros derechos protectores, que son abusivos, son exagerados sí, pero necesarios, si se les corta el abuso o la exageración.

La protección, señores, en la periferia, tiende al equilibrio del intercambio; la protección en los centros contra los productos de la periferia tiende a acentuar la tendencia al desequilibrio. Cómo vamos a ponernos de acuerdo sobre fórmulas de liberalización si no reconocemos esa verdad elemental. Más aún, veamos las incoherencias, las inconsistencias. Cuando se combatía la sustitución de importaciones se nos dijo: no incurran en ese dislate teórico, exporten manufacturas. Bien, había que exportar manufacturas. Comenzaron algunos países con mucho éxito a exportar manufacturas y cuando las exportaciones adquirieron cierta amplitud, se empezaron a cortar con medidas restrictivas que está de más que las mencione, porque todo el mundo las conoce. Pero lo curioso es que frente a eso se siguen invocando las teorías tradicionales de ventajas comparativas al mismo tiempo que se las viola en la política interna de los centros, no solamente en Estados Unidos, también en la Comunidad Económica Europea, que no solamente protege en demasía a los propios, sino que los lanza a abrir precios a mercados mundiales. Muy bien, hay entonces una discrepancia entre la teoría que se sigue proclamando y los hechos, a Dios rogando y con el mazo dando, ésa es la fórmula de esta nueva concepción de la política económica. Me pare-

ce muy grave y si yo hablo, señores, en estos términos, no es porque hasta esta altura de mi vida yo sienta apasionamiento como lo he sentido en mi juventud, sino que siento el deber elemental y fundamental de hablar con claridad para que la América Latina piense, piense, para que no abandone lo que empezamos a hacer en la CEPAL hace años.

Creo, a la luz de mi larga experiencia en la UNCTAD, en Ginebra, y en lo que estoy viendo ahora, que la política proteccionista de los centros va a estar allí por mucho tiempo —acaso esto les sorprenda a ustedes—, va a estar allí por mucho tiempo porque me he convencido, estudiando la historia económica de las relaciones entre centros y periferias, que en el fondo lo que están protegiendo los centros es la integridad del excedente económico de las empresas.

Cuando la periferia exporta productos primarios en baja, gran aplauso. Lo que esta mañana se decía, aquella escandalosa expresión de regocijo que hemos visto en una importante revista sin una reserva con respecto a la situación de los países en desarrollo, 65 000 millones de dólares significa la caída de los términos del intercambio, 65 000 millones de dólares transferidos de la periferia a los centros; esta periferia sacrificada y postrada todavía tiene que contribuir con 65 000 millones a los centros. Bueno, esa baja de precios sí le conviene, porque aumenta el excedente, son materias primas y productos primarios, pero la baja de precio producida por la competencia de manufacturas que disminuye o tiende a disminuir el excedente, no la pueden tolerar.

Además, eso no es de hoy, es la reflexión que yo me hago cuando veo mi propia experiencia en la UNCTAD. Países que estaban en plena prosperidad, que importaban mano de obra como lo ha hecho más de un país europeo, sin embargo, eran renuentes a modificar sus tarifas y alentar la importación de productos de la periferia y mucho me temo que eso va a continuar, lo cual no es razón para cruzarnos de brazos.

Yo creo que hay que buscar fórmulas que aseguren a la periferia la participación en el incremento del consumo de los centros —que será relativamente lento por la índole de los productos—, pero pensar que los centros van a admitir una competencia destructiva es dejarse guiar una vez más por ilusiones en esta materia. Sin embargo, lo que está ocurriendo está negando la ventaja comparativa que han proclamado tantas veces. Si nosotros lográramos exportar manufacturas de técnicas relativamente menos avanzadas, habría un incremento de productividad a favor nuestro y un incremento de productividad, por razones contrarias, hacia los centros. Por lo tanto, las ventajas comparativas están allí, pero hay que llegar a fórmulas que permitan el ejercicio de ventajas comparativas sin riesgo de perturbaciones en los centros y sin riesgo de deterioro en la relación de precios para los productos manufacturados de la periferia.

Lo que se necesita es llegar a nuevas fórmulas en el comercio internacional, porque estamos en presencia de un fenómeno histórico nuevo. Por primera vez la periferia puede, por sus exportaciones de manufacturas, contribuir al aliento dinámico de los centros, cosa que no se había dado en el pasado. Tendríamos entonces que buscar nuevas fórmulas, pero también hay que buscarlas en cuanto a la inflación. Esa monstruosidad de querer establecer la normalidad monetaria provocando el desempleo y sus

consecuencias en materia de distribución del ingreso no puede continuar.

Podría ser una solución si atacara el fondo del problema, pero no lo ataca, de manera que si seguimos en esto estamos expuestos a un ciclo inflacionario. Es por eso que algunos centros no quieren expandir sus economías, pero tampoco el sistema puede seguir indefinidamente tratando de buscar su equilibrio en esa forma, lo cual significa poner un freno a la expansión capitalista del mundo.

Es decir, que el capitalismo se está devorando a sí mismo en centros y periferias, ya que cae en la trampa del monetarismo y esa trampa existe en América Latina. Esta trampa es muy grave, porque el desequilibrio dinámico es mucho mayor, por una razón muy sencilla: una productividad muy inferior a la productividad de los centros. Estamos asimilando todas las formas de consumo en nuestra sociedad privilegiada de consumo, atender todo lo que se hace en los centros, nos seduce y entonces aumenta el consumo privilegiado a expensas de la acumulación de capital y no solamente ahí sino que la tecnología militar también invade nuestros países. Se está gastando en tecnologías, en armamento, debido a las innovaciones tecnológicas de los centros. En consecuencia, es esencial llegar a ciertas formas sociopolíticas, de consenso, sobre la base de amplias mayorías, que permitan la disciplina de la acumulación y de la distribución del ingreso en términos macroeconómicos compatibles con las líneas del mercado, ése es el gran desafío que tenemos por delante. Yo sostengo que hay situaciones en la América Latina, y mi país está en una de esas situaciones, en que la salida de la teórica medida que ha tomado el presidente Alfonsín de contener la inflación, la salida solamente se tendrá con una innovación, con una disciplina de distribución. A mi juicio ésta tiene que comenzar con una participación de la fuerza de trabajo en las ganancias de las empresas, con el fin de mejorar el salario real, en lugar de la escalada inflacionaria de aumentos de salarios con emisión de dinero que significa volver a lo que antes había pasado y que ya nos llevó al borde de la hiperinflación. Y no me refiero solamente a la fuerza de trabajo de las empresas; vamos a tener que llegar a discutir ciertas reformas fundamentales de los sistemas fiscales, con el objeto de que contribuyan a la acumulación todas las clases sociales, quien tenga más que acumule más, no hay otra solución si se quiere seguir impulsando la dinámica del sistema.

Finalmente, preparémonos para tomar algún papel importante, junto con otros países de la periferia, en la reforma del sistema monetario internacional, que tendrá que considerarse tarde o temprano. Les va a sorprender a ustedes lo que ahora se sabe, lo que dijo Keynes cuando con relación a Bretton Woods protestó ante su gobierno; aquello va a ser una jaula de monos y manifestó, bueno, tiene cierta razón, dejemos de ser monos para poder participar con autoridad en esas reuniones que tienen tanta importancia para nosotros.

Si yo hablo con esta franqueza es porque creo que América Latina se encuentra en un recodo sumamente importante de su historia, que tenemos que renovar nuestras ideas y de esa manera participar en forma efectiva en los conciliábulos internacionales. Mientras tanto, debemos hacer lo que tenemos que hacer internamente, que es mucho. □